



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



3 2044 103 162 095

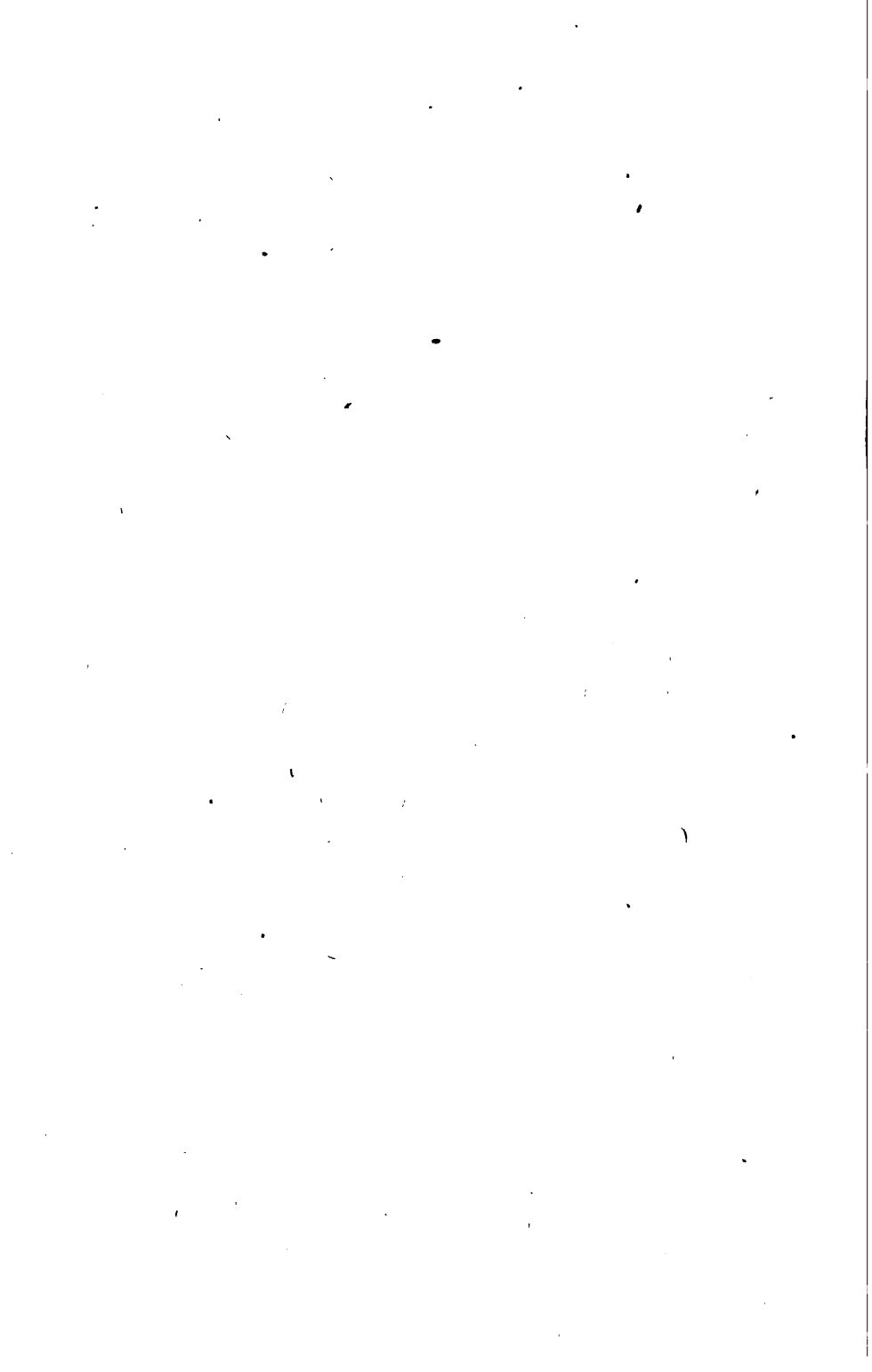
66

82

66
—
82







66
82

Lecciones Universitarias del Quijote

52.50
10908

1

115

CERVANTES Y EL DERECHO DE GENTES

LA GUERRA EN EL QUIJOTE

por el Catedrático

Don Antonio Royo Villanova

de la Universidad de Zaragoza

MCMV

6
82

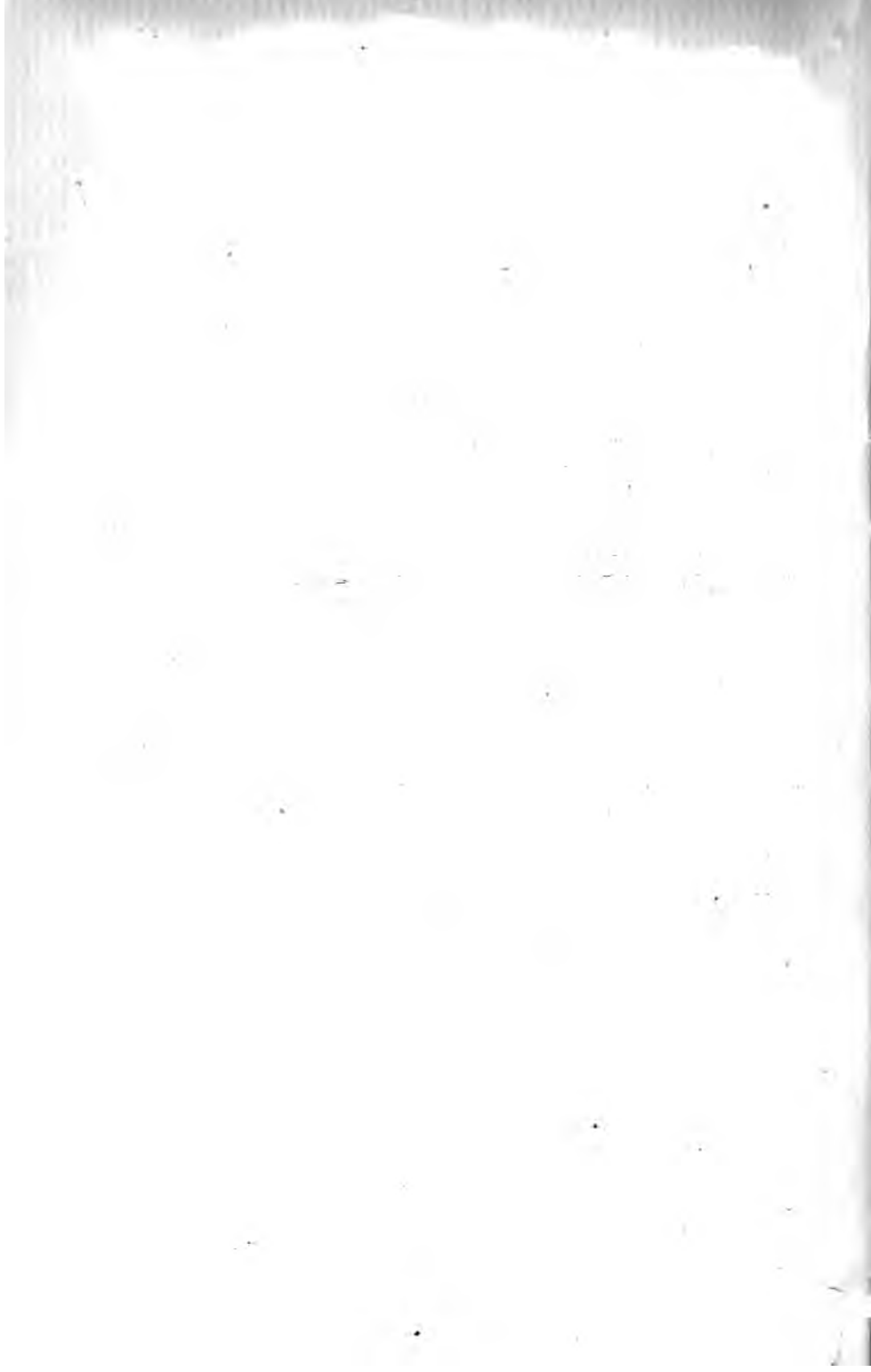
- I. *Cervantes y el derecho de gentes: LA GUERRA EN EL QUIJOTE*, por el Catedrático DON ANTONIO ROYO VILLANOVA, de la Universidad de Zaragoza. 1 pta.
- II. **EL CLERO EN EL QUIJOTE**, por DON JUAN MONEVA Y PUYOL, Catedrático en la Universidad de Zaragoza. 1 pta.
- III. **LA CRIMINOLOGÍA DEL QUIJOTE**, por el Doctor ENRIQUE DE BENITO, Profesor encargado de Derecho Penal en la Universidad de Zaragoza. 1 pta.

ES PROPIEDAD

ZARAGOZA CECILIO GASCA COSO, 33		MADRID VICTORIANO SUAREZ PRECIADOS, 48
---------------------------------------	--	--

LA GUERRA EN EL QUIJOTE





I

X

CERVANTES Y EL DERECHO DE GENTES

co

LA GUERRA EN EL QUIJOTE

*Lección explicada ante los alumnos
de Derecho Internacional de la
Universidad de Zaragoza
el día vj de mayo, año de mcmv*

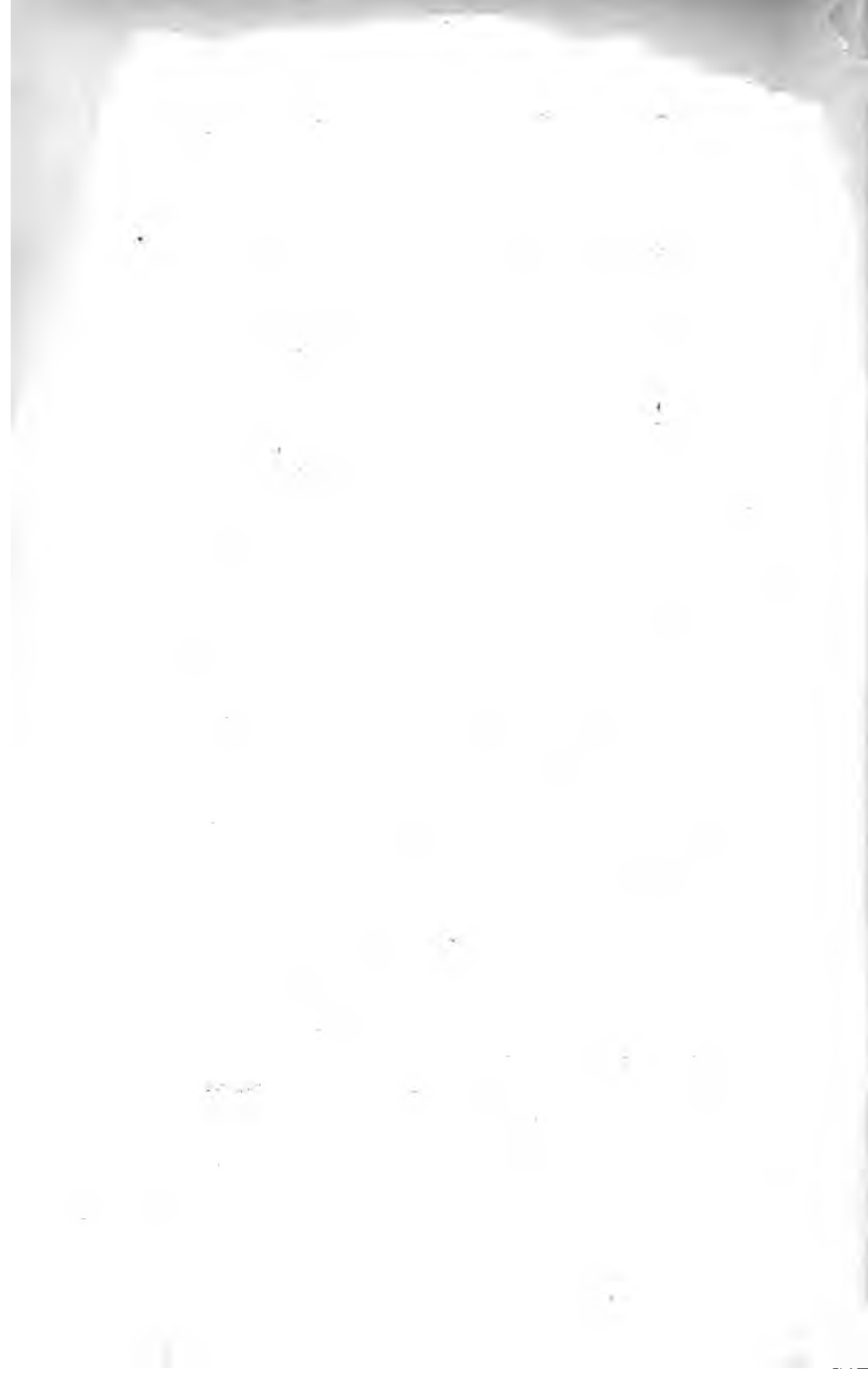
por

Don Antonio Royo Villanova

Catedrático de la asignatura



*Imprimiöse en Zaragoza, en la Oficina
Tipográfica de Mariano Salas, año de mcmv*



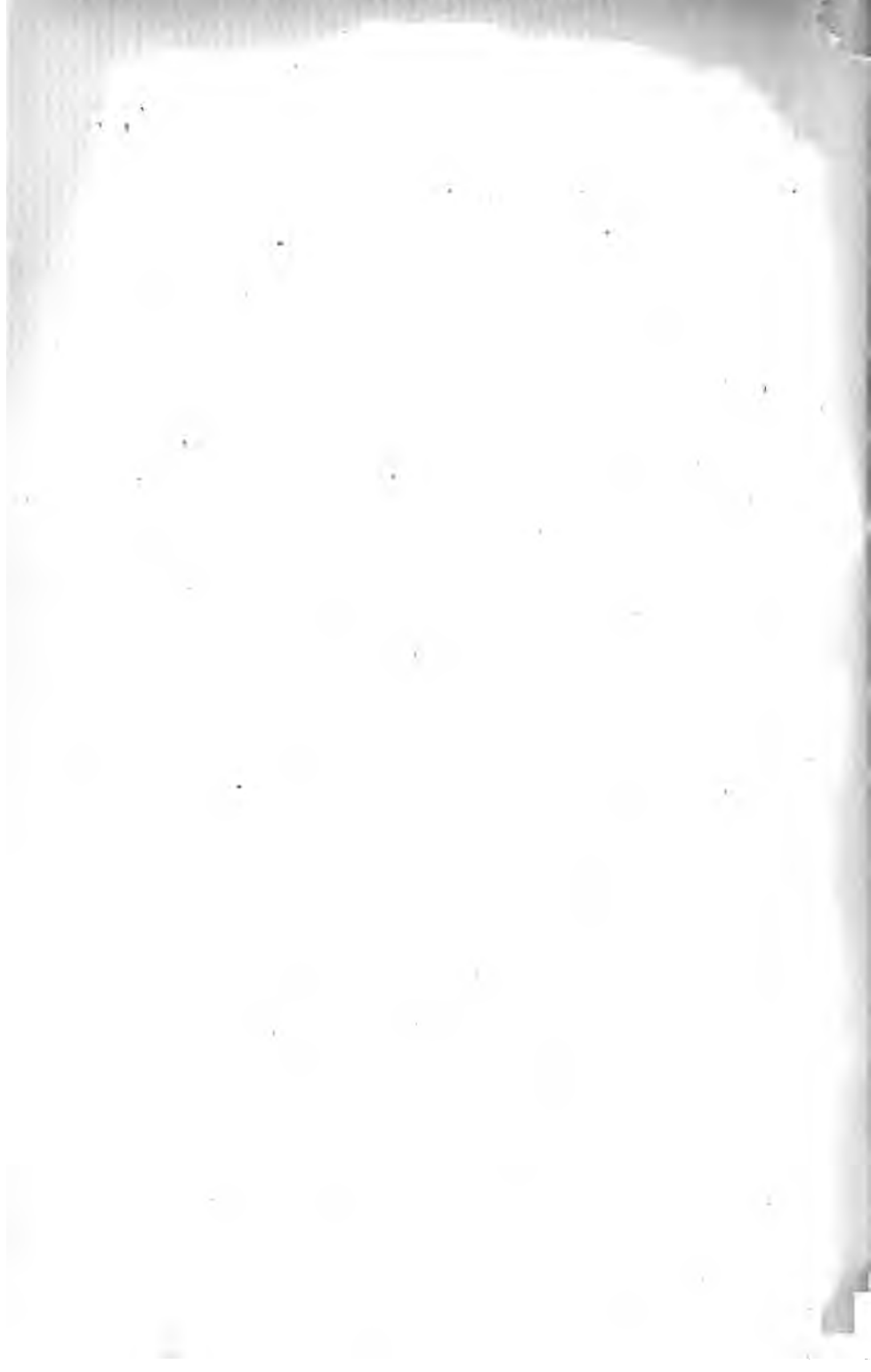
A LA EXCMA. SRA.

DUQUESA DE VILLAHERMOSA

MODESTO, como es el presente tributo á la memoria del QUIJOTE, no puede separarse de los más valiosos que Zaragoza ha dedicado á conmemorar el glorioso Centenario de la obra inmortal, cuya Presidencia de honor tan dignamente ha realizado V. E.

Dignaos, pues, ilustre Duquesa, aceptar con vuestra proverbial benevolencia este pobre trabajo, con la reiterada expresión de adhesión y de respeto de vuestro affmo.,

Antonio Royo Villanova.



T IENEN los grandes entendimientos tal espíritu de atracción y gozan las obras inmortales de tan singular mérito que, al lograr la veneración universal y al conseguir que todos las lean y todos encuentren en sus páginas algo que les interese y subyugue, de tal manera arraigan en el lector la admiración y el entusiasmo, que llega á ver reflejados en aquéllas todos los problemas y todos los ideales.

Esto pasa con el *Quijote*, libro de universal lectura y esparcimiento que á todos interesa, á todos atrae, á nadie puede ser indiferente; y, como entre sus lectores, hay aficionados á todas las ciencias y cultivadores de todas las disciplinas, de todas las cosas se ha encontrado en el libro inmortal. El abogado, el médico, el geógrafo, el economista, el historiador, el sociólogo, el militar, no se contentan con leer el *Quijote* como hombres, sino que lo ven á través de sus

peculiares profesiones, y hallan en la obra de Cervantes todos los fundamentos de sus ciencias respectivas (1) y hasta los atisbos geniales de los últimos progresos y de las flamantes novedades de todas ellas. (2) Cosa parecida ocurre con las obras de Aristóteles y con la *Summa* de Santo Tomás, pero sin llegar al grado extremo que, tan á las claras, se ostenta en los admiradores del Quijote.

(1) No necesita, en verdad, el libro de Cervantes que se añadan méritos científicos á su inmenso valer literario; pero de todos modos conviene señalar ese fenómeno. A pesar del ingenio y erudición de los cervantistas, es difícil sostener que Cervantes... se adelantó á su tiempo, por la razón sencilla de que no creo que hay nadie que se considere lo suficientemente informado para decir cual era el estado de la cultura en el siglo xvii, y concluir luego si el autor del *Quijote* igualaba ó superaba en saber á sus contemporáneos.

(2) ¿Pero es que hace falta adelantarse á su época para ser genial? Yo estimo que no, sobre todo cuando se trata de un escritor que *hace literatura* y no investiga fenómenos científicos. Lo que para mí constituye el mérito soberano de Cervantes es la convicción íntima que resulta al leer el *Quijote*, de que el hombre que escribió aquellas páginas conocía profundamente la sociedad en que vivía, estaba enterado del estado de los conocimientos en aquella época, y era de tal probidad que procuró informarse de las cosas antes de tratarlas, para que de él no pudiera decirse lo que de tantos escritores y literatos se ha repetido después... que hablan y escriben de lo que no entienden.

Y bien! Algo tendrá el Quijote cuando da ocasión á ese fenómeno tan extraño; y ese algo es el ambiente de sano realismo, de humanidad, que en él se respira, y la discreción con que refleja el estado de los conocimientos de aquella época, ya que el escritor, el poeta, según Cervantes, debe ser, ante todo, un hombre culto.

Una de las veces en que al hablar *D. Quijote* puede decirse con mayor verdad que reflejaba el pensamiento de Cervantes, es en el capítulo xvi de la Segunda Parte «*donde se trata de lo que le sucedió á D. Quijote con un discreto caballero de la Mancha,*» cuando el Inge-

nioso Hidalgo pronuncia las palabras siguientes: «La poesía, señor hidalgo, á mi
» parecer, es como una doncella tierna y
» de poca edad y en todo extremo hermo-
» sa, á quien tienen cuidado de enriquecer,
» pulir y adornar otras muchas doncellas
» *que son las otras ciencias; y ella se ha de*
» *servir de todas y todas se han de autorizar*
» *con ella.*» (1)

¿Qué mucho, pues, que Cervantes poeta y escritor se preocupase de conocer todas las ciencias, y qué extraño es que el libro inmortal coincida con la grandeza de España, mientras que otras épocas de decadencia concuerdan con el desenfado de ciertos escritores que desprecian la cultura clásica por inútil, la científica por *tabarrosa*, la literaria por anticuada y extravagante, al par que proclaman la absoluta independencia del espíritu, la produc-

(1) De la manera como Cervantes cumplió con esta regla es testimonio el *Quijote*. En sus páginas se revela una inmensa cultura, sin que el lector padezca su aridez. La prueba es que los cervantistas han *descubierto* el saber de Cervantes, es decir, que el insigne escritor lo *mantuvo oculto ó recatado*, usando de él discretamente, sin exhibirlo con pedantería ni enojar al lector con hinchadas lucubraciones.

ción sin reglas ni cánones, sin dogmas ni métodos, sin prejuicios de técnica, sin modelos y sin acción? ¿Qué extraño es que en ciertos espíritus libertarios llegue á proscribirse la sintáxis y la ortografía? (1)

(1) He ahí la mayor y más grande enseñanza del *Quijote*. ¿Quién de los que, en más ó menos modesta esfera, escriben para el público, puede alabarse de seguir el consejo de Cervantes? ¿Quién ha acertado, como él, á establecer la relación discreta entre el arte de escribir y la cultura que necesita, sin quedarse corto al aprenderla, ni pecar, por carta de más, al exhibirla? Dos cosas, en efecto se pueden señalar en nuestros escritores. Una de ellas es el desprecio de la cultura, en nombre de un modernismo enfermizo iconoclasta, irreverente, que á título de espontaneidad mental, abomina de los clásicos (y así se ahorran el trabajo de conocer el latín y el griego) desprecia las reglas, la retórica, los modelos, toda clase de libros y lecturas. El poeta debe escribir á solas con la naturaleza, *sin auxilio de nadie*. Y aquí el recuerdo de Lord Bacon. ¿Sabéis un producto natural, espontáneo producido sin *primera materia*? La tela de araña... Con ella comparaba Bacon á lo que se escribía y hacía por la sola é ignara espontaneidad.

Pues vamos al otro extremo. Hay escritores y novelistas modernos *concienzudos* que antes de escribir una novela *estudian el medio y los personajes*, pero luego resulta, que al escribir, en vez de recatar su cultura ahorrando al lector el enojo de su pesadez (como el arquitecto cuida de quitar los andamios, acabada su obra), se preocupan de lucir y alardear de aquellos estudios, no siempre asimilados discretamente y que, por tanto, producen verdadero empacho. Hablando con sinceridad, ¿no nos ocurre al leer las no-

velas de Zola y de sus imitadores en España, que, haciendo justicia á sus méritos literarios, llegamos á ciertas páginas pesadas, aburridas, *im- placables*, que no terminan nunca, porque se quiere condensar, en ellas, el fruto de muchas vigili- as, de *concienzudos* estudios y de minucio- sas observaciones?

He ahí, repito, el mérito de Cervantes. Ni te- nía la osadía de la ignorancia ni la pesadez del erudito. No era *concienzudo*, pero tenía la bas- tante *conciencia* para *enterarse* antes de es- cribir...

Y retorno al simil vulgar de lord Bacon. Cervantes no era la araña anárquica y despreo- cupada que trabaja ella sola, *espontáneamente* sin estudios, ni herramientas, ni primeras mate- rias. No era tampoco la *laboriosa y concienzu- da hormiga* que acarrea semillas y cosas ájenas sin hacer otra cosa que eso .. llevarlas á cue- stas: no: era la *abeja* que pica de todas las flores, que todo lo asimila y lo transforma en un producto nuevo.

Así, leyendo á ciertos escritores, nos disgusta y enoja su labor, como la tela de araña; leyendo á otros, nos aburre su monótona laboriosidad de hormigas.

El *Quijote* nos sabe á mieles.

Y A sabemos por qué Cervantes era, en cierto sentido, un hombre enciclopédico, y podemos esperar que también supiese de Derecho internacional. Sabría desde luego lo que de derecho de gentes se sabía y se practicaba en aquél entonces, y, en tal sentido, el Quijote puede ser una fuente indirecta para conocer el Derecho internacional en la época de Cervantes.

Así, pues, cuidaremos de encerrarnos discretamente en el punto de apreciación crítica y de consideración meramente histórica del *Quijote*, obra de imponderable valor artístico, pero documento, á la vez, de estimable utilidad sociológica.

Huiremos de incurrir en la exageración de afirmar que el Quijote abordaba y resolvía todos los problemas de Derecho internacional, por más que no nos faltase base para construir, en este punto, un artificio completo.

Ya lo creo! ¿Os acordáis de aquel pasaje en que D. Quijote habla á Sancho del próximo encuentro entre el ejército de Alifanfarón de Trapobana y Pentapolín de los Garamantas? «¿Por qué se
»quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió
»D. Quijote, porque este Alifanfarón es
»un furibundo pagano, y está enamorado
»de la hija de Pentapolín... que... es cristiana y su padre no se la quiere entregar
»al rey pagano si no deja, primero, la ley
»de su falso profeta... Para mis barbas, dijo Sancho,...hace muy bien Pentapolín, y
»que lo tengo de ayudar en cuanto pudiere...» (1)

He ahí, resuelto, diría un cervantista, el problema de los matrimonios reales; el consejo de Sancho reflejando el buen sentido popular, se adelanta á los acon-

(1) Part. I, cap. XVIII.

tecimientos, al encontrar muy natural que un Rey católico se case con una princesa protestante, siempre que ésta abandone, *primero*, su falsa religión para abrazar la verdadera... Y otro espíritu sutil, fijándose en que Sancho quiere acudir en socorro del que tiene la razón, y al ver que D. Quijote aprueba su intento diciéndole: «*En eso harás lo que debes*», encontrará en una y otra frase el reconocimiento explícito del principio de *intervención*... Y sin moverse de ese capítulo XVIII, al ver que D. Quijote, tomaba como ejército lo que no eran sino manadas de ovejas y carneros... traerá los ojos á tiempo reciente, recordará aquella rendición de Metz (pues no me vienen á la memoria otras rendiciones parecidas), donde cientos de miles de hombres se entregaron, sin causar al enemigo un solo rasguño, y considerará tristemente que, para la patria dolorida, para la eficacia de su defensa y para la gloria de sus armas, no fué menos ilusoria y fantástica la fuerza de ese ejército que la de aquellas ovejas alanceadas por Don Quijote...

Hasta el Derecho internacional privado puede la perspicacia de un zahori cervantómano, descubrir en las páginas del libro inmortal, pues al ver la mansedumbre de D. Quijote en casa de los Duques dejándose jabonar lindamente las barbas por respeto á lo que él reputaba usos y costumbres de aquel lugar, ¿quién no recuerda la célebre regla *locus regit actum?* (1)

(1) Part. II, cap. xxxii.

P[•]UES bien; no son exageraciones ni fantasías lo que yo quiero señalar hoy en el libro de Cervantes. Afirmaciones y principios que en el Quijote se encuentran y que hoy se respetan y se cumplen, no por que Cervantes se adelantase á su tiempo, sino porque el tiempo de Cervantes y el nuestro coinciden en esas afirmaciones. En cambio señalaré otros casos en que se demuestran, por comparación, los progresos realizados en el Derecho internacional.

Nos concretaremos á la *guerra* porque éste es, desgraciadamente, un hecho de universal comprobación, en todos los tiempos y en todos los lugares.

Tratemos del primer asunto con la

rapidez y ligereza de un modesto recuerdo, bajo el epígrafe *Derecho internacional vigente en el siglo xvii y en el actual*, y lo primero que ocurre afirmar es que la guerra no es algo separado y opuesto al derecho, sino que el uso de la guerra está sometido á reglas y ordenaciones. La guerra privada es propiamente la *caballería*, la masa, el cuerpo del Quijote. La guerra pública es la de que habla principalmente el animoso caballero en su célebre discurso de las armas y las letras (Part. I, cap. xxxviii). «Dicen las le-
» tras que sin ellas no se podrían sustentar
» las armas porque la guerra también tie-
» ne sus leyes y está sujeta á ellas».

Y, acto continuo, señalando la finalidad del Ejército y su alta función política y social, «*responden las armas que las le-
» yes no se podrían sustentar sin ellas por
» que con las armas se defienden las repú-
» blicas, se conservan los reinos...*». (Recordad que la ley española de 19 de Julio de 1889 dice que el fin del Ejército es mantener la independencia é integridad de la patria y el *imperio de la Constitución y de las leyes*).

TODAVÍA hay muchos que se extrañan cuando se dice que el fin de las armas es la paz (y Conferencia de la Paz se llamó á la que se reunió en La Haya con el frustrado propósito del desarme) y, sin embargo, D. Quijote dice, en el expresado discurso, que «*el fin de las armas es la paz*» que es el mayor bien que los hombres »pueden desear en esta vida». Así traducía D. Quijote el célebre apotegma *si vis pacem para bellum* cada vez más comprobado por la triste y reiterada experiencia de los pueblos. La causa de la guerra no estriba tanto en la fuerza de los poderosos como en la flaqueza de los débiles. Si España hubiera conocido su debilidad

ó se hubiese enterado de la fortaleza de los yankis, ciertamente que no hubiese ido á la guerra. Si Rusia, al mismo tiempo que estaba rogando á Dios por la paz en la generosa iniciativa de Nicolás II, hubiese seguido dando al mazo de la previsión y de los armamentos, no se hubiese atrevido el Japón á perturbar la paz de los Czares. Eso significan las alianzas en Europa según las frases pacíficas de Soberanos y Cancilleres.

Esa acumulación de fuerzas en armamentos extraordinarios son una garantía de la paz por la inquietud que asalta el ánimo de los estadistas ante la sola idea de turbarla, rompiendo unas hostilidades cuyo comienzo se sabría pero cuyas consecuencias nadie podría calcular. Dice bien D. Quijote: «el fin de las armas es »la paz».

Otro de los puntos que suele considerar el Derecho internacional es el de la justicia de la guerra ó causa que la legitime y así D. Quijote en el capítulo xxvii de la Segunda Parte, dice que «los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas y poner á riesgo sus personas, vidas y haciendas. La primera por defender la fe católica; la segunda por defender su vida que es de ley natural y divina; la tercera en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta en servicio de su Rey en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria.»

Claro está que en ésto se involucran las guerras privadas y las públicas, la legítima defensa personal y el deber cí-

vico, pero no cabe duda que en las dos últimas causas que se citan, están conformes todos los tratadistas de derecho internacional.

Por último, al tratar de los medios de hacer la guerra, D. Quijote se asusta de la espantable furia de *aquestos endemoniados instrumentos de la artillería*, los condena en nombre de la caballeridad y del valor personal, pero reconoce su uso corriente en aquella época; así como, al referirse á los recursos que puede utilizar el combatiente, dice, en el capítulo xxi dela Segunda Parte que «en la guerra» *es cosa lícita y acostumbrada usar de ar»* dides y estratagemas», afirmación que ha sido discutida por los escritores de Derecho internacional, y que hoy está fuera de toda controversia, al ser corroborada explícitamente por la Conferencia de La Haya de 1899. (1)

(1) Convenio relativo á las leyes y usos de la guerra terrestre.—Reglamento anejo al convenio. Sección 2.^a *de las hostilidades*. Capítulo primero: De los medios de dañar al enemigo; de los sitios, de los bombardeos; art. 24. «*Las estratagemas de guerra* y los medios necesarios para »procurarse informes del enemigo, *se consideran* »*lícitos*».

VEAMOS ahora algunos otros datos por donde el *Quijote* nos revela el derecho de gentes de aquella época y de donde podemos inducir el progreso logrado en nuestros días por estos principios internacionales.

La condición jurídica del soldado en el siglo xvii está indicada en el citado cap. xxxviii de la Primera Parte, cuando dice D. Quijote. «Pues comenzamos en
»el estudiante por la pobreza y sus par.
»tes, veamos si es más rico el soldado, y
»veremos que no hay ninguno más pobre
»en la misma pobreza, por que está ateni-
»do á la miseria de su paga que viene ó
»tarde ó nunca y á *lo que garbease*

»por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia.»

En esta frase se refleja el estado social de la guerra, y se vé que el derecho al botín, ó sea á apropiarse de las cosas particulares, estaba reconocido por el uso aun cuando estaba condenado por la conciencia. Esta y la vida se ponen en peligro con el despojo; las leyes no eran obstáculo para ello (1).

(1) Del progreso realizado en este punto por el Derecho internacional dan idea los siguientes preceptos del Reglamento citado que se aprobó en La Haya.

Art. 28: Se prohíbe entregar al pillaje una población ó localidad aunque sea tomada por asalto.

Art. 47. El pillaje queda formalmente prohibido.

NADA más interesante, sin embargo, que lo que cuenta el cautivo en el capítulo XL de la primera parte. Aquella descripción de la batalla de Lepanto, hecha por el valiente militar, aquella su *prisión* por el atrevido *corsario* y sus vicisitudes posteriores revelan el carácter de cautiverio como situación intermedia, muy parecida á la del esclavo antiguo y muy distante de la del *prisionero* en la guerra civilizada de nuestros días.

El *cautivo* era *propiedad* del que lo apresaba, no prisionero del Estado que le vencía; el cautivo se enajenaba, se cedía y se trasmitía por herencia,

El cautivo era un medio de propor-

cionar utilidad económica, ya considerado como *valor en uso* (la chusma de desdichados que salía á trabajar para su dueño), ya como *valor en cambio* (los llamados *cautivos de rescate*, que, por su elevada condición, se supone que tienen quien se preocupe de pagar con largueza su libertad.) (1)

Tres clases de cautivos había según el interesante relato: «los cautivos del » Dey, los de particulares y los que se » llaman de almacén que es como decir » cautivos del Concejo que sirven á la

(1) Compárese este triste estado con lo establecido en el Reglamento de La Haya:

Art. 4.º Los prisioneros están en poder del Gobierno enemigo, pero no en el de los Cuerpos que les hayan capturado.

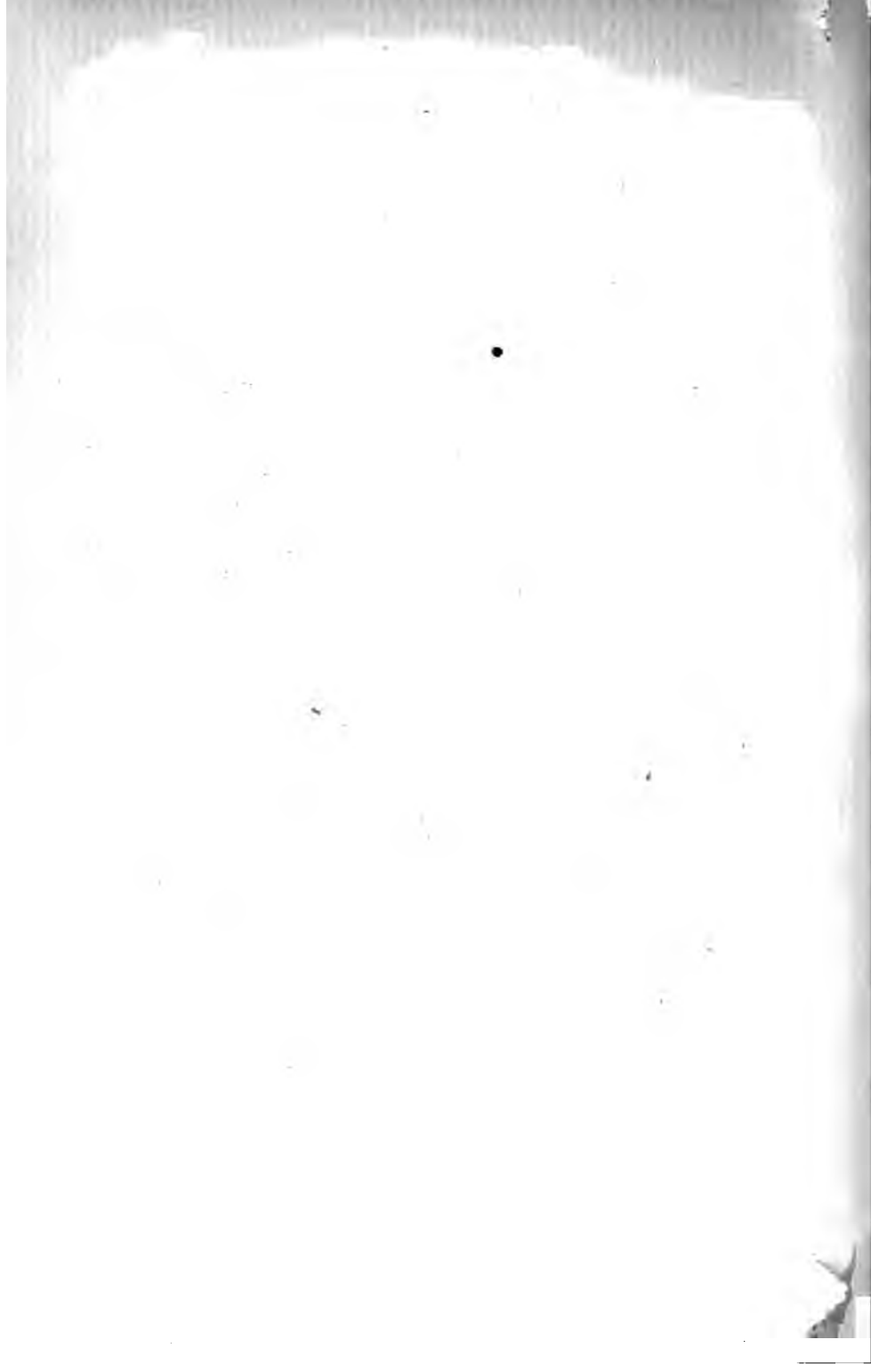
Deben ser tratados con humanidad; todo lo que les pertenezca personalmente, excepto las armas, los caballos y los papeles militares, queda de su propiedad.

Art. 6.º El Estado puede emplear como trabajadores á los prisioneros de guerra, según su grado y sus aptitudes...

Los trabajos hechos para el Estado serán pagados con arreglo á las tarifas vigentes para los militares del Ejército nacional que ejecuta iguales trabajos...

Los haberes de los prisioneros contribuirán á aliviar su situación, y el exceso les será entregado al ser libertados, descontándoles los gastos de manutención.

» Ciudad en las obras públicas que hace, y
» en otros oficios, y éstos tales cautivos
» tienen muy dificultosa su libertad, que
» como son del común y no tienen amo
» particular, no hay con quien tratar su
» rescate aunque le tengan. En estos baños
» suelen cerrar á sus cautivos algunos
» particulares del pueblo, principalmente
» cuando son de rescate, porque allí los
» tienen holgados y seguros hasta que
» venga su rescate. También los cautivos
» del Dey que son de rescate no salen al
» trabajo con la demás chusma sino es
» cuando se tarda su rescate, que enton-
» ces, por hacerles que escriban por él
» con más ahinco, les hacen trabajar y ir
» por leña con los demás que es un no
» pequeño trabajo.»



POR ahí podemos deducir el respeto que merecían las personas en las guerras de entonces; y, siguiendo el relato, colegimos el respeto que merecían las cosas. Así, en el capítulo XLI, cuando ya el cautivo y sus compañeros se habían, con su astucia, procurado la libertad, y navegaban en busca de la tierra española, unos corsarios francos les detienen, y de todos sus bienes les despojan. A éstos que llama Cervantes *corsarios*, es á quienes el Derecho internacional llama piratas declarándoles fuera del derecho de gentes. Hoy el buque corsario es, como sabeis, el barco particular armado en corso que tiene derecho á apoderarse de las

mercancías enemigas. La diferencia es grande. El corsario de hoy lleva una bandera conocida que no puede ser, desde luego, la de aquellos Estados que votaron en el Congreso de París la abolición del corso. El corsario sólo puede apresar las cosas que, con arreglo al derecho de gentes, son *buena presa*, y siempre con arreglo al procedimiento y á los juicios que establece el Derecho internacional. El corsario, en fin, nunca puede apresar ni hacer cautivas á las personas.

EL progreso como veis, es grande. Y, ya que tantos admiradores del *Quijote* lo leen con nostalgia como algo superior é inaccesible que dista mucho de lo que hoy tenemos y producimos; ya que, en nuestros días, no haya español capaz de escribir otro libro como aquel, bendigamos á Dios y holguémonos de nuestra suerte que no permite que hoy sucedan las cosas que eran tan corrientes en tiempos de Cervantes.

A pesar de aquella prosa hermosísima y del feliz suceso de los episodios del cautivo, no se puede leer sin pena aquel relato del que resulta la dignidad del hombre atropellada, convertido un pobre

soldado en prisionero, que es, como decíamos antes, un poco ménos que un esclavo.

Comparemos esa humanidad y esa barbarie con la humanidad y la civilización de hoy. En tiempos de Cervantes ganó España la batalla de Lepanto, pero los españoles que cayeron en poder del enemigo conservaron la vida á cambio de la libertad. La gloria de los unos coincidía con el cautiverio de los otros. Hoy día, felizmente, ha alcanzado el respeto debido la dignidad del hombre. En vez de ganar la batalla de Lepanto hemos visto, es verdad, hundirse nuestro poder naval en Cavite y en Santiago de Cuba, pero ni Cervera ni sus soldados fueron cautivos de los yankis. Fueron prisioneros de guerra con todos los respetos y todos los honores que á los vencidos concede... este pícaro *Derecho internacional* en el que hay todavía quien no cree.

¡Ah! Prescindid ahora de todo el encanto literario del Quijote, y recogéos en la impresión de conjunto que este rápido comentario os produce; comparad el episodio del cautivo con la historia de nuestros desastres, venerad la prosa im-

mortal de Cervantes y haced de las informaciones de la prensa el uso displicente ó despreciable que se suele hacer muchas veces de los periódicos; pero comparad *aquellos hechos* que contó Cervantes con los que han referido nuestros periodistas, y decidme si no veis brotar como una chispa de esperanza que alumbra las sombras de nuestras dudas y señala la silueta clara y sustantiva de nuestra disciplina, al contestar afirmativamente á esta pregunta que tantas veces os habeis hecho con amargo escepticismo: ¿EXISTE EL DERECHO INTERNACIONAL?

*Acabada fué la impresión
deste libro, en Zaragoza, en la
Oficina Tipográfica de Salas
el día xxviiij de junio
año de N. S.*

MCMV







DEL MISMO AUTOR

LOS CONTRATOS ALEATORIOS EN EL CODIGO CIVIL ESPANOL Y EN LOS EXTRANJEROS (tesis doctoral).

PROGRAMA DE DERECHO CIVIL.—Zaragoza, 1893.

LA REGENERACION Y EL PROBLEMA POLÍTICO.—Madrid, 1899.

NECESIDAD DE QUE LAS RELACIONES INTERNACIONALES SE INSPIREN EN LOS PRINCIPIOS DEL CRISTIANISMO.—Burgos, 1899.

LA DESCENTRALIZACION Y EL REGIONALISMO (CON UN PRÓLOGO DE JOAQUÍN COSTA).—Zaragoza, 1900.

PROGRAMA DE DERECHO ADMINISTRATIVO.—Valladolid, 1902.

PRINCIPIOS DE DERECHO ADMINISTRATIVO (dos tomos).—Valladolid, 1902-1903, 2.^a edición.

CIENCIA POLÍTICA.—Barcelona, 1902.

DISCURSO leído en la IV fiesta de los Juegos Florales de Zaragoza.—1903.

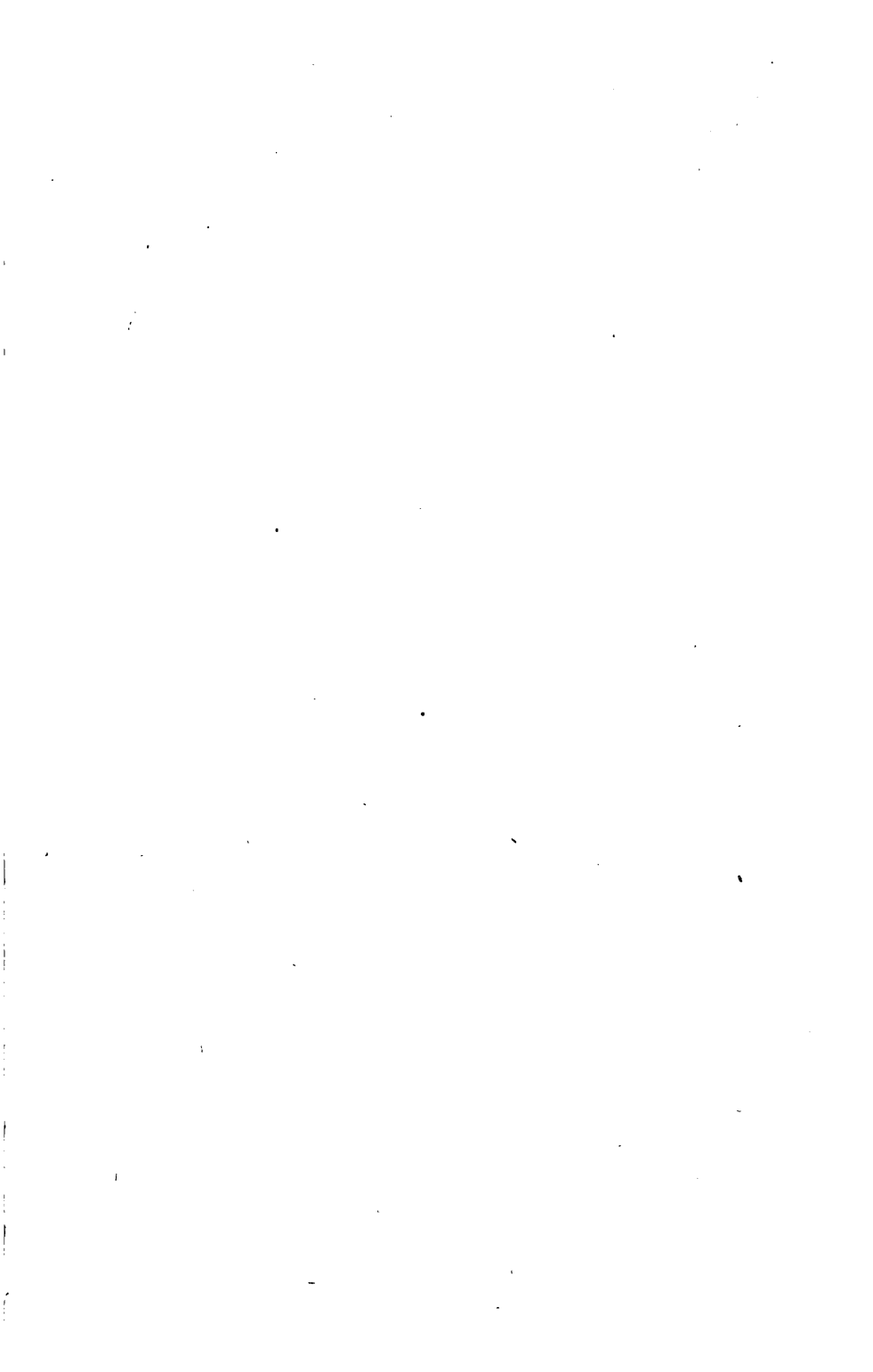
PRINCIPIOS DE DERECHO ADMINISTRATIVO (APÉNDICE).—Zaragoza, 1904.

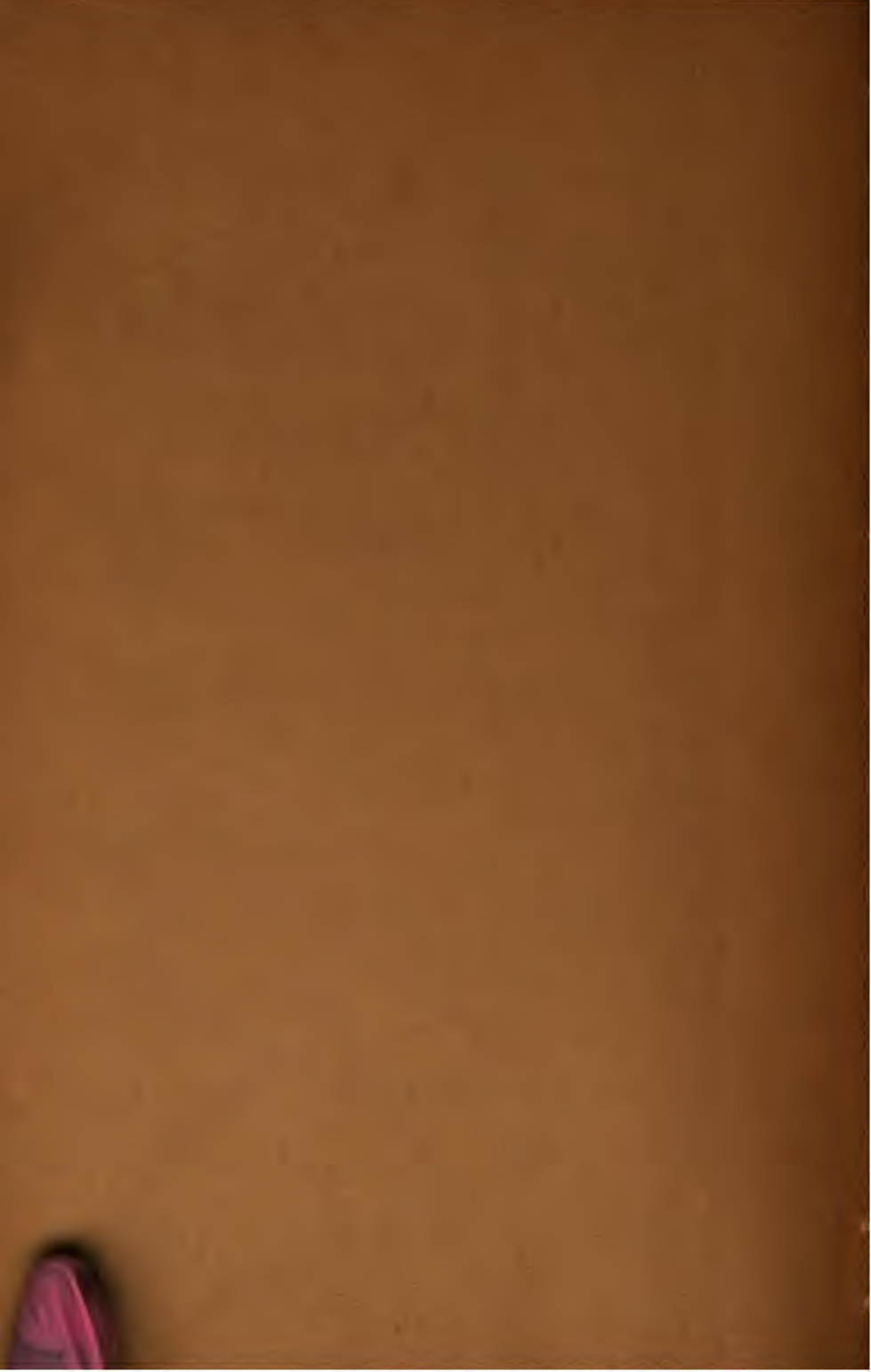
EN PREPARACIÓN

ESTUDIOS DE DERECHO CONSTITUCIONAL.
DERECHO OBRERO.



4







HARVARD LAW LIBRARY

FROM THE LIBRARY

OF

RAMON DE DALMAU Y DE OLIVART
MARQUÉS DE OLIVART

RECEIVED DECEMBER 31, 1911

